

largo tiempo por diferentes países, miserable y detestado; pero después de la muerte del dictador, habiéndose hecho Marco Bruto dueño del Asia, descubrió el retiro en que se hallaba Teodoto, y habiendo logrado apoderarse de él, lo hizo crucificar.

Mas tarde veremos que los asesinos de César acabaron todos casi tan desdichadamente como los de Pompeyo.

Si este, que negaba la Providencia en Mitilne, hubiese podido ver la muerte de Pothin, Achillas y Teodoto, de seguro que no hubiera dudado de ella!

XIV

Hemos aquí llegado al desenlace de esa Fronda antigua, emprendida por los hermosos ojos de una mujer.

Entonces, como hoy,—aunque la Alejandría de nuestros días no esté situada precisamente en el sitio que la de aquella época,—la ciudad de Alejandro recibía por medio de acueductos las aguas del Nilo, las cuales eran distribuidas en pozos y cisternas, donde tenían tiempo de depositar su limo. La gente del pueblo, que no tenía cisternas ni pozos, la bebía turbia, á riesgo de los inconvenientes higiénicos que podían resultar.

Ahora bien, el enemigo, siendo dueño del rio, emprendió obstruir todas las cañerías que llevaban el

agua á los barrios ocupados por los romanos, y despues de un trabajo inmenso lo consiguió.

Pero como César estaba suficientemente provisto, pues los pozos estaban llenos y las cisternas rebosaban, aquella suspension del servicio de las cañerías lo inquietó muy poco.

El enemigo adivinó en seguida la causa de aquella tranquilidad.

Entonces concibió la idea de hacer subir el agua del mar por medio de ruedas y máquinas. Al esparcirse aquella agua salada por los pozos y las cisternas corrompia la dulce, y César y sus tropas perecerian de sed.

En efecto, bajo la presion de máquinas inventadas por aquellos prodigiosos arquitectos, el agua subió y llegó á los primeros depósitos.

Los soldados que fueron á sacarla de ellos creyeron equivocarse hallándola salobre, con tanto mas motivo cuanto que la de los demas depósitos seguia potable.

En fin, poco á poco llegó á corromperse el agua de todos los pozos y todas las cisternas.

En seguida fueron á anunciar á César aquella terrible noticia.

—¿Qué dicen los soldados de ese accidente? preguntó con frente y voz tranquilas.

—Están desesperados, imperátor, viéndose reducidos á la mayor estremidad.

—¿Y sin duda me critican?

El mensajero titubeó.

—Habla sin reparo, le dijo César.

—Pues bien, todos creen que debias tratar de salir de Egipto con los pocos buques que te quedan, aun cuando temen que el embarque sea ya muy difícil.

—Bueno, contestó César, nos retiraremos, pero victoriosos.

—¿Y el agua? preguntó el centurion.

—Coge diez hombres, ve á quinientos pasos de la playa y cava hasta que la halles; ó esta costa no es como las demas, ó antes de profundizar quince piés encontrarás manantiales.

El centurion fué á la playa, cavó en ella y halló el agua.

Mil años despues que Moises, César renovaba el milagro de las aguas *brotantes*; ambos habian descubierto el secreto de los pozos artesianos.

En medio de esos acontecimientos, la legion trigésimasétima, que César habia formado con soldados que habian pertenecido al ejército de Pompeyo, fondeó un poco mas abajo de Alejandria.

A causa de los vientos contrarios no habia podido entrar en el puerto.

Ancló á lo largo de la costa, pero como carecia de agua y no sabia dónde hallarla, mandó á pedírsela á César.

Este se embarcó en las pocas galeras que le quedaban con trescientos ó cuatrocientos hombres, salió del puerto y se dirigió á los buques que conducian la nueva legion y los cuales se hallaban á dos ó tres leguas de Alejandría.

Llegado á la península, desembarcó algunos de sus soldados para hacer aguada; pero habiéndose alejado algunos de dichos hombres con objeto de merodear, fueron hechos prisioneros por la caballería enemiga, la cual supo por ellos que César se hallaba en las galeras.

Pocos momentos despues lo sabia Ganimedes.

Inmediatamente hizo embarcar dos ó tres mil soldados en una veintena de buques y fué á atacar á César.

Este no estaba dispuesto á aceptar el combate, por dos razones: la primera, porque dentro de dos horas llegaria la noche y entonces la ventaja seria del enemigo, que conocia mejor la costa; y la segunda, porque sus soldados, que peleaban sobre todo por hacerse notar de él, lo harian mal necesariamente en medio de la oscuridad.

Así, pues, en cuanto vió dirigirse hácia él los buques enemigos, se fué aproximando á la costa.

Pero sucedió que una galera de Rodas no pudo seguir el movimiento de las demas, y se vió acometida por cuatro enemigas reforzadas con algunas lanchas.

César se hallaba en seguridad y podia dejar que la galera saliera del paso como pudiera; pero ya sabemos que no era capaz de conducirse de ese modo; puso la proa de su embarcacion hácia la atacada, y mandó á los remeros bogar con toda su fuerza.

Al cabo de una hora de combate, en el cual César peleó como cualquiera de sus hombres, habia tomado una galera de cuatro órdenes de remos, echado á pique otra y puesto en mal estado una tercera; las demas, aterrorizadas, huian á toda prisa.

César aprovechó aquel terror para remolcar los trasportes con las galeras, y entró con ellas en el puerto.

Aquellas luchas se renovaron desde entonces diariamente con diversa suerte.

Tan pronto batia César á los Egipcios como era batido por ellos.

Un dia acosaron de tal modo su galera, y él mismo se vió tan apurado con la multitud de dardos que le disparaban los enemigos, á los cuales servia de blanco su túnica de púrpura, que tuvo que quitársela, arrojarse al mar y recorrer á nado un espacio de mas de trescientos pasos, sosteniéndose con una so-

la mano y llevando en la otra papeles que cuidaba permaneciesen fuera del agua.

Su túnica, trofeo de la jornada, cayó en poder de los egipcios.

Todo aquello pasaba á la vista de Cleopatra; cual los caballeros de la edad media que rompian lanzas por los hermosos ojos de sus amadas, César habia abierto una especie de torneo en la loca y pérfida Alejandría, ciudad ligera como Atenas, supersticiosa como Méfis.

En medio de esos acontecimientos, recibió César una diputacion del enemigo.

Los egipcios le hacian decir que estaban cansados de la dominacion de Arsinoe, que era una niña, y de Ganimedes, que era un liberto; que por lo tanto, si queria enviarles á Ptolomeo, consultarian con él sus intereses y serian probablemente los primeros á proponer la paz.

César conocia la perfidia de aquella nacion; pero era preciso poner un término á aquel estado de cosas: mientras se divertia peleando en aquel rincon del mundo, veia escapársele de las manos el resto del universo.

Hizo, pues, llamar á Ptolomeo, y cogiéndole una mano le manifestó la confianza que tenia en él, mandándolo al lado de los sublevados, instándole para que hiciera lo posible á fin de que aquellos hombres

volvieran á la senda del deber; pero el jóven príncipe se echó á llorar, suplicándole que no lo desterrase de su presencia, asegurándole que le era mas cara que sus Estados.

César, que no era falso ni cruel, se dejó engañar por aquel llanto, lo abrazó como si fuera su hijo, y lo hizo llevar á las avanzadas enemigas.

Una vez allí, sin embargo, las lágrimas del jóven se secaron para hacer lugar á las amenazas, y César comprendió que seria un enemigo mas.

Afortunadamente ya hemos visto que no los contaba.

XV

Las cosas permanecieron algun tiempo así; pero de repente supo César que Pelusa, donde estaba el grueso del ejército egipcio, acababa de caer en manos de uno de sus tenientes.

En efecto, Mitrídates de Pérgamo, á quien César consideraba mucho por su valor y su experiencia militar, habia llegado por tierra con grandes refuerzos de Siria y Cilicia.

Enviado allí por César desde el principio de aquella guerra, que duraba ya siete meses, habia hecho un llamamiento al efecto de los pueblos aliados y volvia con una veintena de mil hombres.

Habiendo comprendido que Pelusa era la llave de la tierra, como Alejandría lo era del mar, atacó aque-

lla ciudad con tal vigor que la tomó al tercer ó cuarto asalto.

Después de dejar en ella una guarnición se dirigió hácia donde estaba César, subyugando todo el país por donde pasaba.

Llegado al Delta, se vió en frente de una parte del ejército de Ptolomeo.

Aquello, sin embargo, no era mas que la mitad de las tropas enviadas contra él por el joven rey.

Pero para obtener toda la gloria del triunfo, aquella parte del ejército, que habia ido por el Nilo, quiso atacar sola á Mitrídates, sin esperar, como se le habia ordenado, á la otra mitad, que venia orillando el rio.

Mitrídates se atrincheró, segun la costumbre romana.

Los egipcios creyeron que tenia miedo y atacaron su campamento por todos lados.

Entonces, viendo Mitrídates que se lanzaban al combate inconsideradamente, salió por todas las puertas á la vez, los envolvió y los destrozó de tal modo, que á no ser prácticos en el país y tener cerca los buques hubieran quedado todos en el campo de batalla.

César y Ptolomeo tuvieron noticia del suceso al mismo tiempo y ambos partieron con todas las fuerzas de que entonces podian disponer, el primero

para proseguir la victoria y el segundo para reparar la derrota.

Ptolomeo llegó antes que su contrario, habiéndose embarcado en el Nilo, donde tenia lista su escuadra.

César hubiera podido hacer lo mismo; pero no quiso, temiendo verse obligado á combatir sobre los buques y en el canal de un rio, especie de guerra que le quitaba la rapidez de movimientos que constituia su fuerza.

Pero aunque llegó despues de Ptolomeo, su retardo fué tan corto, que el rey no habia tenido tiempo aún de atacar á Mitrídates.

Al ver llegar á César el rey de Egipto se atrincheró á su vez.

El punto en que lo efectuó era de los mas ventajosos.

Por un lado estaba defendido por el Nilo y por otro por un pantano, y á la espalda tenia un precipicio.

Así, pues, su campamento no tenia mas que una entrada, angosta y difícil, la cual daba á la llanura.

César marchó al punto contra él.

Pero á la mitad del camino, al llegar á un arroyo, lo halló defendido por la flor de la caballería egipcia y una parte de la infantería ligera de Ptolomeo.

Allí hubo una pequeña escaramuza, aunque sin

poder llegar ambos partidos sériamente á las manos, por ser las dos orillas demasiado escarpadas; pero los soldados de César, impacientes, pidieron las hachas.

Se las llevaron y entonces se pusieron á derribar los árboles que habia junto al arroyo, haciéndolos caer del lado de este á fin de que formasen puentes; despues, una vez derribados los árboles, caminando por encima de las ramas, con el agua á la cintura, pasaron al otro lado.

Mientras tanto la caballería germana habia remontado hasta alguna distancia aquel curso de agua, y habiendo hallado un vado lo habia pasado.

Viéndose atacados por el frente y el costado de recho los enemigos emprendieron la fuga.

César, que solo estaba á legua y media del campamento egipcio, dió orden de dirigirse inmediatamente sobre él.

Su intento era aprovechar la confusion en que debia hallarse el enemigo y atacarlo en seguida; pero al ver la fortaleza de su asiento, la altura de las trincheras, la ventaja del sitio y todo el recinto coronado de soldados, aplazó el asalto para el dia siguiente, no queriendo arriesgar contra tropas frescas las suyas fatigadas tanto por el reciente combate como por una marcha de varias leguas.

Habiendo, pues, examinado el terreno con aque-

lla mirada á la cual nada se escapaba, resolvió atacar al otro día al amanecer un fuerte que se hallaba ligado al campamento por una gran trinchera.

Desde el alba su ejército estaba sobre las armas, no porque contase atacar el fuerte con todo él, sino porque queria que todas sus fuerzas estuviesen prontas á embestir el campamento enemigo en el momento que él indicara.

Los soldados,—como si su gefe hubiera explicado á cada uno en particular el plan de la batalla,—marcharon contra el fuerte con tal resolucion, que lo tomaron al primer asalto.

Despues se arrojaron todos con un solo ímpetu sobre los atrincheramientos, donde empezó el verdadero combate.

Ya hemos dicho que el campamento solo era realmente atacable por el lado de la llanura, y naturalmente en ese lado habia amontonado el enemigo sus mejores tropas.

Sin embargo, en un reconocimiento que César habia hecho, habia notado un estrecho paso que quedaba entre el Nilo y el campamento.

Pero allí sus soldados hubieran tenido por la espalda toda la escuadra enemiga; así César no se cuidó de aquel punto.

Viendo, sin embargo, que los ataques de frente no daban resultado alguno, llamó á uno de sus capi-

tanos mas experimentados, llamado Carfuleno, le espuso la situacion y le preguntó si queria encargarse de atacar por aquel lado con un millar de hombres.

El capitan contestó que estaba pronto.

César ordenó, pues, redoblar los esfuerzos por el lado de la llanura mientras Carfuleno y sus mil hombres se deslizaban por la orilla del Nilo.

Los soldados encargados de guardar aquel punto del campamento, creyéndose guardados por la escuadra, habian acudido al lugar del combate, unos á verlo por curiosidad y otros á tomar parte en él llenos de arrojo, cuando sintieron gran ruido detras de sí.

Eran Carfuleno y sus hombres, que no habiendo sido detenidos por los dardos disparados de la escuadra, habian continuado su camino y llegado á los atrincheramientos; una vez allí, hallándolos desiertos, habian penetrado en el campamento y atacado al enemigo por la espalda.

Cuando los romanos oyeron del otro lado de sus contrarios los gritos de victoria de Carfuleno y sus compañeros, redoblaron sus esfuerzos.

Confusos por su parte los egipcios con aquel ataque imprevisto, amenguaron su resistencia.

César vió que el momento era decisivo.

Se puso al frente de veinte cohortes de refresco y cargó con ellas como un simple soldado.

El enemigo no pudo sostener aquel último ataque; abandonó las trincheras y emprendió la fuga.

Pero lo que constituía su fuerza una vez victorioso fué su perdición siendo vencido.

Los que trataron de huir por el pantano se ahogaron en el fango.

Por el lado del precipicio era inútil pensar en escaparse.

Quedaba el Nilo.

Todos se precipitaron, pues, hácia el rio,—el rey como los demas.

Ptolomeo consiguió llegar á un buque y mandó en seguida alejarse de la orilla; pero la multitud que lo acompañaba lo llenó de tal modo, y los que se hallaban en el agua se refugiaron en él en tanto número, que al llegar al medio de la corriente el buque empezó á hundirse y á los pocos momentos se sumergió.

Ptolomeo y sus principales oficiales se ahogaron.

La guerra de Egipto estaba terminada.

Mil ochocientos cincuenta años despues, otro conquistador daba en las orillas del mismo rio una batalla parecida.

Ese otro conquistador se llamaba Napoleon y la batalla la de las Pirámides: esta entregaba el Cairo á Napoleon como aquella Alejandría á César.

XVI

César, en efecto, marchó inmediatamente sobre Alejandría.

Pero entonces no se contentó con entrar penosamente en el puerto, sino que resolvió pasar á través de la ciudad.

El ruido de su victoria lo precedía, rompiendo puertas y derribando murallas.

Desgraciadamente el rey Ptolomeo se había librado del cautiverio con la muerte; pero Arsinoe había caído prisionero.

Entonces sucedió lo que César había previsto.

Apenas se halló á corta distancia de la ciudad, salieron de ella los habitantes en traje de suplicantes, llevando al frente las cosas sagradas con que solían aplacar á sus reyes irritados.

César los perdonó, según su costumbre.

Atravesó toda Alejandría, la ciudad de las calles

tiradas á cordel, en medio de una doble hilera de mujeres y hombres arrodillados.

Llegado á las murallas levantadas por los Alejandriotas, halló á porcion de estos ocupados en abrir una brecha.

Volvió, pues, á aparecer á la vista de los suyos como un verdadero triunfador, esperándolo Cleopatra en lo alto de la torre más elevada, y saludándolo desde allí.

Se celebró, pues, una doble fiesta en el campamento, por la completa victoria y por la pronta vuelta.

A pesar de sus cincuenta y cuatro años, César seguía siendo el mismo: el César de las Galias y de Farsalia y hasta de las aventuras amorosas.

Sus soldados, que tanto habian murmurado contra Cleopatra, prorumpieron en aplausos cuando vieron á la jóven y hermosa reina rodear con sus brazos el cuello de su imperátor y colocar en su frente una corona de laureles de oro.

Entonces empezaron las fiestas en el palacio y los juegos en el teatro.

César inauguraba la futura monarquía de Antonio.

Ademas, era preciso conocer la nueva conquista que acababa de anexar á Roma; visitar las pirámides, esos monumentos que eran ya un misterio hace dos mil años.

El vencedor remontó el Nilo en la galera real de

Ptolomeo, cubierta de guirnaldas de flores por el dia y de guirnaldas de fuego por la noche.

Cuatrocientas galeras subian el rio detras de él.

Aquel fué el verdadero triunfo de César.

Durante aquel paseo hacia construir el templo á la Indignacion en el sitio en que habia sido muerto Pompeyo.

Mas durante él, tambien, el mundo, mal enterrado, se movia como Encélado.

Los tenientes de Pompeyo se reunian en Africa en torno de su suegro Scipion.

Los dos hijos de Pompeyo llamaban á la España á las armas en nombre de la memoria de su padre.

Farnaces arrebatava la pequeña Armenia al rey Deyotaro,—vencido á quien César habia dotado como á un vencedor.

Ariobárzano iba á quejarse á Calvino de que el hijo de Mitrídates le quitaba la Capadocia.

Todas aquellas noticias llegaban á César, y como si hubiese querido dejar á sus enemigos tiempo bastante para reunirse, á fin de anonadarlos de un solo golpe, á cada una de ellas que recibia se sonreia, hacia una inclinacion de cabeza y decia á Cleopatra:

—Prosigamos!

Y Cleopatra se sonreia á su vez, orgullosa de tener en sus manos la cadena del leon.

Al fin volvió á Alejandría; el mágico viaje habia terminado.

Se trataba de hacer frente al mundo.

César reunió sus tropas.

Hé aquí las fuerzas de que creia poder disponer: Con él, veinte mil hombres aproximadamente; una legion que le mandaba Calvino y que viniendo por tierra no habia llegado aún; otra que habia guardado consigo Calvino y la cual se le incorporaria si empezaba la guerra por Farnaces; dos, armadas y equipadas á la romana, que tenia Deyotaro; en fin, otra que Cayo Plétoro habia organizado en el reino del Ponto.

Pero una mañana recibió la noticia de que Domicio se habia dejado derrotar por Farnaces, y que de todas sus fuerzas solo le quedaba la legion trigésimasesta casi intacta.

Despues de aquella victoria, Farnaces no dudó ya de nada.

Se apoderó del Ponto, cogió cuantos niños y adolescentes hermosos pudo encontrar y los hizo eunucos.

En fin, dijo en alta voz á la faz del mundo, que los dioses le habian hecho justicia y que habia reconquistado el reino de sus padres.

Preciso le fué á César abandonar el Egipto.

Casó á Cleopatra con el otro hermano que le que-

daba, de edad de once años, y despues, dejando la mitad de sus tropas á los nuevos esposos, á fin de mantener la tranquilidad en sus Estados, tomó el camino de la Siria, dando cita á Cleopatra para Roma de allí á cuatro meses.

A lo largo del camino fué visitado César por enviados de todas las provincias, los cuales le llevaban noticias mas ó menos desfavorables.

Gabinio habia sido derrotado en Iliria, perdiendo dos mil soldados, treinta y ocho centuriones y cuatro tribunos; una legion se habia rebelado en España, y Casio Longino habia estado á punto de morir asesinado; Marcelo habia sido batido en las orillas del Guadalquivir; en fin, Roma estaba llena de disturbios suscitados por los tribunos.

Era preciso anonadar á Farnaces, volver á Roma, someter el Africa y hacer lo mismo de nuevo con la España.

César dejó á Sexto César, su pariente, en Siria, se embarcó en la escuadra que habia llevado de Egipto y pasó á Tarses, donde habia dado cita á toda la Cilicia; arregló los asuntos de aquel país y de los Estados inmediatos, atravesó la Capadocia á grandes jornadas, permaneció cuarenta y ocho horas en Masaca, instituyó á Nicomédes de Bitinia pontífice del templo de Belona en Comanes, recibió la sumision del anciano rey Deyotaro, le tomó una legion,

llegó al reino del Ponto, agregó á la antigua legión que allí existía, los restos de las de Domicio desechas por Farnaces, alcanzó á este cerca de la ciudad de Zelia, lo desbarató en una sola batalla y prosiguió su camino hácia Roma, diciendo:

—¡Dichoso Pompeyo! ¡Hé aquí los enemigos cuyas derrotas te han valido el sobrenombre de Grande!

Las tres palabras siguientes, que cuentan toda su campaña contra Farnaces, le habian precedido al Capitolio:

—*Veni, vidi, vici!*

Al llegar á Roma supo que Cleopatra acababa de dar á luz un hijo, á quien *los pueblos* daban el nombre de *Cesarion*.....

XVII

Roma necesitaba mucho la presencia de César, y era ya tiempo que el vencedor de Farsalia regresara á aquella capital.

Se le criticaba por haber pasado nueve meses en Egipto, y la victoria sobre Farnaces despues de una campaña de cinco días y cinco horas de combate, no podía hacer que le perdonaran lo de Cleopatra.

En efecto, César no tenia mas que entregar á Cleopatra, y en seis semanas daba fin á la guerra.

Pero ni se le habia ocurrido tan cobarde pensamiento. Además, como él mismo lo dice, fué retenido por mas de tres meses por los vientos del Estío. Tambien se le reprochaba de haber entrado en Alejandria con tres mil y doscientos hombres.

Pero César contaba con el prestigio de su nombre; César no tenia mas que su nombre, cuando al pasar de Europa á Asia en un solo buque, se encontró con